

Juan Carlos Chirinos

El informe sobre Clara
Nochebosque

LHG



hespérides

El informe sobre Clara
Nochebosque

COLECCIÓN
Las Hespérides

JUAN CARLOS CHIRINOS

El informe sobre Clara
Nochebosque



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2025

© De los textos: Juan Carlos Chirinos

Madrid, marzo 2025

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Diseño de Cubierta: *Patricia Romero* para La Huerta Grande

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-68-9

DL: M-3131-2025

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande 15, nave 2, 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

Para los que han temblado aquí.

*Y para Juan Carlos Méndez Guédez,
en la larga amistad de media mandarina.*

*El mundo parece funcionar de forma predecible y te parece ver un patrón.
Pero eso es letal. Porque solo es un patrón hasta que te topas con el primer aconte-
cimiento que no encaja. Y, para entonces, es demasiado tarde.*

Richard Mayhew

NOCHEBOSQUE

I

La casita de bosque

La semana en que comenzó como *au pair* en casa de Ligia Luperca, Paula Sorsky tuvo el mismo sueño tres veces: flotaba bocarriba en la piscina y su novio, Iván, la tocaba. Llevaba un bikini escarlata. Mientras él le acariciaba la entrepierna, las palpitaciones le anunciaban que el placer se prolongaría. Iván siguió una rutina: atrapó sus pies fríos, subió por los muslos y se entretuvo en el vientre; rozó su espalda buceando por debajo de ella; desató el bikini y sus senos se irguieron puntiagudos.

Primero la lamió, muy suave.

Con la lengua, Iván le borró el pezón izquierdo y ella no se quejó sino al contrario, gimiendo demostró cuánto le gustaba; se lanzó sobre el pezón derecho y también lo suprimió de un lengüetazo; bajó hasta los pies y uno a uno eliminó los dedos, comenzando por los meñiques; ahora borra las manos, las orejas y Paula no escucha más; le quita la nariz, y no huele; las cuerdas vocales, y queda muda; acaba con su cuerpo pasando la lengua como una brocha y ella, en vez de gritar por el terror, gime y pide que no acabe nunca, incluso cuando él le abre la cabeza y le suprime el cerebro que es una nuez y, aunque poco a poco va siendo borrada del mundo, sigue flotando en la piscina.

Mientras menos cuerpo, más plenitud, mayor pensamiento.

Hasta que por fin experimenta un agudo dolor: Iván baja hasta su clítoris y lo borra con la misma violencia con que eliminó los dedos y los pezones. Y la piscina se llena de sangre, de su sangre.

*

Despertó sin dar un grito, sin sobresaltos, pero con las pupilas dilatadas y agarrotada por el miedo. La habitación permanecía en penumbras, pero el reloj marcaba las nueve de la mañana. Se levantó desorientada y aún temblando; apartó las cortinas de la ventana, entonces entró el sol y las partículas de sueño se desvanecieron en el aire, el mundo volvió a ser seguro y predecible.

*

—¿Paula? ¿Estás despierta?

Se tocó las tetas verificándolas como si fuera un operario que comprobara el buen funcionamiento de una máquina; se puso una camiseta blanca y un pantalón de algodón. Hacía frío, a pesar de que el sol se había alzado; el páramo es traicionero con las temperaturas, así que hay que tener cuidado.

—¿Paula? ¿Estás ahí?

No contestó; se merecía esos instantes de soledad. Pero si seguía quedándose dormida no iba a durar mucho en ese trabajo tan fácil y tan bien remunerado que había encontrado para esas cuatro semanas libres de que disponía antes de comenzar su último año de clase en la escuela de hostelería de la universidad.

Abrió la puerta.

Ligia Luperca era risueña y rolliza. «Sigue siendo joven», pensó Paula, «su cintura se estrecha y el busto no se le ha caído; las manos son finísimas, la piel aún es firme y parece un campo

de duraznos. ¿Por qué no tiene un hombre a su lado?». El sueño con su novio era un episodio vago y por eso no recordó que se había repetido varias veces esa semana: la despertaba un ruido, el sol de la mañana o una comezón en el codo y de inmediato se esfumaba como si no hubiera ocurrido.

—Lo siento, me he vuelto a quedar dormida.

—Tranquila, niña, en esta casa dan ganas de quedarse en la cama, ¿verdad? —Paula no sabía si la señora bromeaba o la evaluaba—. Osip sigue dormido, estás a tiempo de levantarlo. ¿Desayunamos juntas? ¡Me muero de hambre!

La señora caminó hasta la habitación de su hijo y Paula supuso que la verdadera orden era que bajara a la cocina a preparar el desayuno. Entró al baño y meó lo más rápidamente que pudo; prefirió no perder tiempo cepillándose los dientes y con una goma se sujetó el cabello formando un túmulo en la coronilla.

La señora se asomó de nuevo y dijo:

—Mañana cenarán unos amigos aquí. ¿Cocinarías para nosotros, cariño?

Su voz tenía el tono afectuoso y dulce que significaba «vas a cocinar uno de tus ricos platos porque para eso te contraté y por eso te pago un buen sueldo». Usaba con ella el afectuoso condicional que empleaba con los subordinados de su empresa.

Un cariñoso condicional que no aceptaba condiciones.

*

Paula tarareaba unas notas oscuras. Eran del sonido de la ranchera de la señora que aún retumbaba en su cabeza. Si había aceptado pasar las vacaciones en esa casa cuidando a Osip era porque necesitaba el dinero para terminar de pagar sus estudios, no porque le gustaran los niños ni mucho menos porque le hiciera ilusión enclaustrarse en un lugar es-

condido en una montaña. Iván no estuvo de acuerdo con la decisión porque él había planeado pasar ese tiempo juntos. Le había ofrecido el dinero que le faltaba, pero ella se negó a aceptarlo, prefería ganarlo con su trabajo. Disgustado con la decisión, se fue sin despedirse de ella. Las dos semanas que llevaban separados provocaban esos sueños entre caníbales y eróticos que olvidaba cada vez que despertaba, y que eran los responsables de que se quedara dormida hasta tarde y de que su cama se humedeciera como si fuera una niña que no controlara los esfínteres. Lo echaba de menos; pero se contentaba con pensar que la reconciliación sería más deliciosa. Y en última instancia contaba con sus dedos para sustituir la dulzura de los de él.

Osip la observaba desde hacía rato con sus ojos grises que lo asemejaban a un invidente. Paula se preguntó si hacerse el ciego no era una estrategia perfecta para ver más cosas de las que se te permiten a los once años. «Seguro que me habrá oído tarareando; espero que no se me haya notado el sofoco de la excitación».

—Tengo hambre.

Paula sonrió y siguió cortando cebollas.

—Es temprano, Osip, cómete una galleta. Aprovecha y tómate tu pastilla.

—Tengo hambre.

Paula soltó el cuchillo y se lavó las manos. Se acercó al niño y lo miró con atención. Tampoco era tan pequeño. Con once años asomaba una pelusilla en el bigote y se anunciaban un cuello fornido y unos brazos largos. Sería un muchacho alto; cuántas niñas se volverán locas por él. «O quién sabe, quizá no viva tanto», pensó Paula.

—Lo más que te puedo ofrecer es una galleta de chocolate y tu medicina, porque después no tendrás hambre y a tu mamá no le va a gustar eso. —Paula le dio la pastilla y un vaso de agua—.

Pero si aguantas hasta el almuerzo, te prometo que no te arrepentirás.

—¿Por qué?

—Ah, porque estoy preparando un plato que hará que te chupes los dedos...

—¿Tiene carne?

La ansiedad del niño apenas se percibía. Paula cogió la galleta de chocolate más grande.

—¿Quieres un vaso de leche?

Osip no dijo nada pero ella le sirvió un vaso ancho y frío. Se comió la galleta en dos mordiscos y bebió la leche como un becerro. Las pelusillas del bigote se tiñeron de blanco y por un momento Paula contempló el futuro del niño: «así que ese será tu aspecto dentro de cincuenta años», pensó confirmando que los hombres mayores no le atraían. Cogió una servilleta y limpió la boca de Osip, devolviéndolo a los once años.

—¿Tiene carne?

—¿Tú qué crees? —Le mostró los filetes descongelados, jugosos, chorreantes de sangre—. Cuando los pruebes me agradecerás la espera. —Volvió a colocar en la nevera los filetes y se giró—. Si supieras lo que se pued... —pero Osip había abandonado la cocina.

*

Paula terminó de preparar la ensalada y el puré, y dejó cociendo a fuego muy lento los cubitos de carne en que había convertido los filetes. Calculó que le daría tiempo de ir hasta la frutería y volver antes de que la carne se secara: el truco estaba en no dejar los trozos sangrientos pero tampoco como suela de zapato; el puré debía luego tener oportunidad de ahogarse en su blandura. Subió a la habitación de Osip llamándolo a voces: pero

cuando entró en el cuarto, el niño no estaba allí. Recorrió con los ojos la habitación: desordenada y llena de juguetes. Nada fuera de lo común; llenarlos de cachivaches inanimados es lo que se hace con los niños huérfanos para que no recuerden a la madre que falta por desamor o al padre de aciago y terrible final. Regados por el suelo había peluches: un conejito, una gata, dos perros, una perica y cinco o seis palomas blancas dentro de una casita de madera pintada de verde; había una campana con una cinta azul, un pequeño vestido de terciopelo, pelotas de colores, carritos, soldaditos carpetanos de plomo, payasos de goma, caramelos, silbatos de plástico, libélulas de papel y una muñeca de trapo. En un rincón había un rompecabezas a medio terminar con el retrato de un caballero del siglo XIX, de cuyo nombre Osip apenas había completado tres fragmentos: *laus*, *ereira* y *lusitano*. En el alféizar de la ventana, un muñeco de esparto miraba hacia afuera, donde comenzaba el bosque. Salió de la habitación y caminó por la casa gritando el nombre del niño como si fuera una mascota. Tampoco estaba en la piscina. Le contó en voz alta que iba a ir a la frutería y que quería que la acompañara, que le prometía una manzana de recompensa. Pero no había señales de él. Trató de no preocuparse, el niño no sería tan estúpido como para salir a la carretera solo. Sin embargo no pudo evitar pensar en lo que haría si Osip tenía un accidente, ¿estaría preparada para una eventualidad así? Se sentó en el sofá frente al televisor a pensar dónde se habría podido ocultar el muchacho. Estaba segura de que no había salido de la casa, ese no habría sido su comportamiento; no estaba en las habitaciones, ni en los roperos ni en los lugares donde ella se habría escondido de niña. A los niños de ahora pocas cosas los sorprendían. Los escondites de los niños de hoy, por lo tanto, tenían que ser distintos a los de su infancia. Echada en el sofá fue quedándose dormida pensando en su niñez y en

que la señora acertó cuando dijo que esa casa era para dormir.
¿Regresaría Iván a acariciarle el vientre palpitante?

—¡Paula!

Los brazos pesados y los muslos muertos: no soñaba, pensaba que ser chef no era sencillo; había que leer mucho, hacer muchas pruebas y esperar a que los alimentos estuvieran en su punto. Había que concentrarse en cada materia, en cada plato, en cada profesor si quería dominar el arte de la cocina. Ella quería ser como Leonardo, inventar recetas nuevas, sabores novedosos. No le habría molestado tener un mecenas, como Ludovico Sforza o Lorenzo de Medici, que pusiera el dinero para que ella se consagrara a mimar el paladar de su señor. Pero eso requería muchas horas sin sueño, muchos sacrificios de los que tarde o temprano el cuerpo acusaba recibo. El sueño, el sueño, solo quería dormir y olvidarse de que el mundo real no está hecho para que ella...

—¡Paula!

Miró con espanto al niño que, por primera vez, sonreía.

—Sé una cosa... —dijo tranquilamente él.

Paula recordó su carne con puré y se levantó. ¿Cuánto tiempo se había quedado frita? Aturdida, corrió a la cocina percibiendo un mínimo olor a chamusquina y rogó estar equivocada. Se acercó recelosa hasta la olla donde se cocía la carne: no, los cubitos no se habían quemado, era el líquido que se había derramado cerca del fuego. Retiró la olla y la cubrió con una tapa de vidrio. El almuerzo estaba listo, tan solo faltaba comprar las frutas para el postre. Si la señora venía a almorzar, ella quería evitar el tono de cariñoso mandato.

—¿Me acompañarás, Osip?

—He descubierto una cosa, y quiero que la veas. Un lugar.

—Dime qué es.

—Ven a ver. En mi cuarto.

Paula suspiró pero no desaprovechó la ocasión.

—¿Si voy me acompañarás a comprar fruta?

El niño se quedó mirando.

—¿Me acompañarás?

—Ven —dijo, y salió de la cocina.

Paula se resistió unos instantes pero, derrotada al fin, fue tras él. El niño la cogió con fuerza de la mano y subieron las escaleras. Entraron en la habitación: las paredes azules no sostenían ningún estante, solo llenaban el vacío los juguetes regados por el suelo, la cama mullida con su mesita de noche y una mecedora donde montaba guardia un oso gigante y marrón y que cuando había entrado antes Paula no había visto. Se estremeció.

—¿No te da miedo ese bicho?

—¿Quién? ¿El Señor Fenris?

Paula se rio.

—¿Señor Fenris?

—No, no me da miedo. Me acompaña en las noches. Me protege.

—¿De qué? —El niño la miró con reprobación, con la misma mirada autoritaria de la madre. Experimentó la humillación del siervo al que se le recuerda hasta dónde llegan sus derechos. Para espantar esa sensación, agregó—: No hay que temer a la noche, Osip. Son las horas que Dios nos manda para que dejemos al cuerpo descansar.

—Depende de qué lado estés. —La empujó contra la ventana—. Mira al bosque.

Paula pegó la cara al cristal y vio pinos que se extendían desde los límites de la piscina hasta donde comenzaba a elevarse un cerro, a esa hora oculto por la neblina. Desde el alféizar, el muñeco de esparto miraba en la misma dirección que ella.

—¿Ves el camino y la casita?

—No.

—¿Y la laguna? ¿Ves la laguna?

Paula aguzó la vista y no vio más que árboles y más árboles, ramas verdes de diferentes tonalidades que se movían sin compás.

—Solo veo bosque.

—¡No! ¡No! Ahí hay un camino, ¿es que no lo ves? ¡Y una laguna! ¡Entre los árboles!

Ella temió que el niño empeorara su estado de ánimo. Quiso decirle que sí, que veía el camino, la laguna y la casita y el humo de la chimenea que se elevaba hacia el cielo y hasta una niña, veía a una niña que jugaba en el patio con un perro mientras su madre colocaba en la ventana un pastel que comerían al final del almuerzo, pero sabía que Osip detectaría que lo engañaba.

—Pues yo no veo nada.

Se apartó de la ventana.

El niño la empujó de nuevo.

—¡Pero no! ¡Están allí! ¡Tienen que estar allí! ¿Ves el camino que va a la casita?

Paula solo vio árboles y neblina. ¿Qué era lo que ella no podía detectar? Abrió la ventana de par en par y se asomó. Tan solo le llegaron el olor de los pinos y el rumor de las ramas balanceadas por el viento.

—Mira, Osip, no me he puesto los lentes de contacto y el bosque está demasiado lejos para mi miopía.

—¡Pues pónelos!

La chica tenía que pasar tres semanas más en esa casa. No lo soportaría, tendría que reconocer que su carácter no congeniaba con los niños y se vería obligada a aceptar el dinero que Iván le ofrecía.

—¿Lo ves?

Paula usó una mano de visera y se concentró de nuevo. ¿Qué había allí que tanto excitaba al niño? Y vio: vio agua.

—Veo una laguna y unas muchachas bañándose.

—¿Ves a las remarques?

—¿Las qué?

Pero Osip estaba a otra cosa, jugaba con sus muñecos de nuevo, como si la casita no le interesara. Los niños son como abejas, van de un lado a otro, ella lo sabía; pero este niño especialmente era incapaz de dedicarle más de un minuto a lo que pasaba frente a sus ojos.

—Te propongo una cosa: bajemos a almorzar, porque la carne se va a enfriar y eso sería horrible con el trabajo que me ha dado prepararla. Y después me cuentas más de ese caminito, ¿te parece?

—¿No lo dices solo para que coma?

—Además, tu mamá va a regresar y se enfadará si sabe que no has comido.

—No lo creo —afirmó el niño, y Paula detectó cierto resentimiento en su voz. Tal vez la culpaba de la ausencia de su padre. «¿Le habrían contado la verdad?», se preguntó. «¿Le habrían dicho cómo murió?».

Ella sí lo sabía; antes de llegar a esa casa, la señora le explicó que Osip, aparte de ser único hijo, se había quedado sin padre muy pronto, y que por eso debía tratarlo con especial delicadeza, cosa que a Paula le pareció tarea sencilla. Mientras le explicaba su situación familiar, observaba a la señora, joven aún, y no pudo evitar pensar que las viudas atractivas parecen culpables de la suerte de sus maridos y de sus hijos huérfanos. Mientras reverberaba en su cabeza la palabra *huérfano*, su curiosidad fue más veloz que la prudencia y, sin dominar las palabras, preguntó:

—¿Hace mucho que lo mataron?

La señora supo disimular de inmediato una súbita, por lo disgustada, sorpresa y contestó con dulzura anónima, como si

comprendiera que a veces los pésames hacen reaccionar de la manera más torpe, debido al asombro que causa la muerte.

—A mi marido lo atropelló una gandola, de esas de dieciocho ruedas que pasan por esta carretera transportando madera. Lo arrastró por el asfalto. Sus extremidades y su cabeza quedaron regadas a lo largo de un kilómetro y tuvimos que velarlo con el ataúd cerrado. Osip no sabe nada de esto, era un bebé cuando ocurrió, y quiero que siga siendo así.

«Al menos sabe que está muerto», pensó Paula recordando el día en que la contrataron y la pusieron al corriente de la situación del niño al que debía cuidar. Si Osip pensara que su papá vive, no sería tan taciturno y una lumbre de esperanza iluminaría, aunque fuera pálidamente, su tristeza. Sintiendo amor por el niño, le acarició la cabeza y bajaron, él taciturno y ella solidaria.

Pero cuando Osip probó el primer trozo de carne ahogado en puré, pareció olvidarse de su triste pasado y devoró con los ojos muy abiertos. «Menos mal que he preparado bastante», se dijo Paula, «porque este niño come como si tuviera veinte años». El puré le chorreaba por la barbilla mientras masticaba enjundioso la carne; Paula le limpiaba la boca con diligencia y lo obligaba a parar para que masticara con normalidad. Jadeaba cansado pero seguía queriendo devorar trozos y más trozos de carne; al rato sus ojos se sumieron en la modorra del que se ha hartado de comer, y se quedó dormido al lado del plato vacío.

—Pareces un huérfano de Dickens —murmuró Paula cuando lo subía en brazos, dormido, para que reposara. Lo desvistió y vio que sus piernas estaban picadas por los zancudos y la panza le subía y le bajaba con la placidez del gordo bien alimentado. Corrió las cortinas para que la luz no lo despertara, pero antes de cerrar le pareció ver en el bosque un dudoso trazo como de

serpiente y una casa de techo rojo; abrió de nuevo y solo vio bosque. ¿Tenía razón Osip? ¿Había una casita? ¿Y una laguna? El niño se revolvió en su cama y murmuró entre sueños.

—Allí, allí.

Paula oscureció el cuarto, acercó al Señor Fenris al lado de la cama, por si acaso, y salió de puntillas, dejando que el carnívoro descansara un rato.

Cuando bajó a la cocina encontró a la señora con un amigo cuya presencia estremeció su epidermis. Ambos devoraban con la misma avidez que Osip los trozos de carne con puré. «Los modales se heredan», pensó.

—Dios mío, Paula, esto está exquisito. ¿No hay más?

La chica sonrió. Después hay quien dice que esto no es arte.

—¿Y esta delicia cómo se llama? —preguntó el hombre.

—Carne a la leonardesca, un plato muy antiguo.

—Esta es la chica de la que te hablé, Jose.

El hombre dejó de masticar y la miró atentamente. Tendría unos cincuenta años. Las orejas obstruidas por pelos que asomaban en tirabuzón y el pecho oscuro a causa del poblado vello lanzaban a Paula con vértigo hacia lo desconocido. Sus ojos verdes casi amarillos estremecieron a la muchacha que, aunque sabía que nunca le atraería lo más mínimo, no pudo evitar hacer un mohín de coquetería destinado a seducirlo. Quizá la señora no se diera cuenta de su alborozo. ¿Por qué esta atractiva repulsión? ¿Por qué Paula sentía deseos de coquetearle si era un viejo que no le causaba ninguna gracia? ¿Por qué su mirada quería hurgar más allá de la camisa, donde seguramente los pelos hacían que el olor masculino fuera más feroz?

—Pues tendrás que preparar de esto más a menudo. ¿Qué tal para la cena de mañana?

—Para esa noche tengo a punto lo que les voy a servir.

—¿Y qué es?